La segunda década del siglo XXI en Colombia

DANIEL PACHECO



SE ACABÓ EL AÑO Y SE ACABÓ LA DÉcada y eso merece cuanto menos un decálogo para hacerle honor a los periodos. En la década de los dieces, Colombia vio grandes acontecimientos y estancamientos. Aquí va mi decálogo:

Como en el resto del mundo los teléfonos inteligentes se masificaron. Hoy el pacificador de muchos niños pequeños no es el chupo sino una pantalla brillante, las redes sociales acabaron con el monopolio de información y opinión que tenía el periodismo, y la gente con datos ya no se pierde si tiene waze.

Juan Manuel Santos fue el personaje político dominante, repitió periodo y acabó con la reelección, usó con eficacia inmoral el aplastante presidencialismo para manejar el Congreso e influir en las cortes, ganó el Nobel de paz, sacó adelante la firma del acuerdo de paz, y arrancó a medias su implementación.

Un acuerdo con las FARC que no puso fin a la guerra, pero sí a la discusión política nacional sobre la lucha armada.

Álvaro Uribe abrió cuenta en Twitter en el 2009, pero la empezó a usar contra Santos en 2011. Fundó el Centro Democrático en 2013. Perdió las elecciones del 2014, pero ganó el plebiscito, y puso a Duque en la Casa de Nariño en 2018. Los diez años increíbles de este movimientos terminan en lo que ya se anuncia como un gobierno malo de Duque.

En el 2018 casi 12 millones de personas salieron a votar por la Consulta Anticorrupción, una medida del Partido Verde con fuertes tintes populistas y medidas de cuestionable eficacia contra la corrupción que sacó mas votos que Duque en segunda vuelta.

Al cerrar el 2019 había en Colombia alrededor de dos millones de venezolanos. La migración que comenzó en el 2015 con la crisis política y humanitaria desatada por el régimen chavista no tiene precedentes.

A mediados de la década la tasa de fecundidad en el país cayó por primera vez por debajo de la tasa de reemplazo. Los datos del censo de fin de década confirman que los colombianos nos estamos envejeciendo más rápido de lo pensado.

El país despertó a los conflictos ambientales; la crisis de Hidroituango que no terminó en tragedia, pero secó por unos días el río Cauca, el rechazo al *fracking*, las consultas mineras, la deforestación, el animalismo, el activismo judicial otorgando derechos a ríos y biomas. Como nunca antes, y en la coyuntura del cambio climático, la preocupación (a veces mal informada, urbanizada y poco realista) por el medio ambiente hace parte de la agenda pública.

Al mismo tiempo el país vivió una década entera sin avanzar en los problemas estructurales de su economía. No se superó la dependencia petrolera, no diversificó sus exportaciones, sigue viviendo con alto desempleo, y aún recauda pocos impuestos a pesar de haber hecho al menos cinco reformas tributarias.

Termino con otro estancamiento, el de la justicia. Esta década demostró que es irreformable con los mecanismos actuales. La corrupción de la Corte Suprema, que una década antes había batallado contra la parapolítica, llegó a su punto histórico máximo con el cartel de la toga. De la Constitucional hay un magistrado condenado. Aún así el sistema se niega a ser reformado, enrareciendo la política a niveles extremos con casos como el de Álvaro Uribe.

Se me queda por fuera la muerte de Gabo, el éxito de la Selección en Brasil, el Tour de Egan y el reggaeton. Y pasó otra década sin que Colombia o ningún colombiano hiciera ninguna contribución notable al arte o la ciencia en el mundo. Pero se pasó bueno.

@danielpacheco

DE LABIOS PARA AFUERA



“(Los medios han causado) los mayores malentendidos del público”.

Harvey Weinstein, productor de películas que enfrenta un juicio por acoso y abuso sexual. En entrevista reciente reportada por la agencia Efe, Weinstein, quien ha sido denunciado por más de dos decenas de mujeres de haber afectado sus carreras a punta de extorsiones sexuales, dijo que está en rehabilitación y ha aprendido “a desprenderme de mi necesidad de control”.

Betto



Música en Cartagena

Ni vencido ni convencido: aniquilado

RAFAEL ORDUZ



EN ESPAÑA NO QUEREMOS VER AL adversario ni vencido ni convencido. Lo queremos ver aniquilado. Una frase que se repite un par de veces en *Una historia de España*, de Arturo Pérez-Reverte, que, sin tranquilizar, da buenas pistas para comprender algunos comportamientos crónicos latinoamericanos y tan colombianos.

La mezcla o, mejor, la trinca entre iglesia católica, nobleza en defensa de sus fueros y monarquía marcó la historia española por siglos. De ser el imperio en el que realmente no se ponía el sol en el siglo XVI con Carlos V y Felipe II, el más poderoso del planeta, para culminar en el más atrasado de Europa occidental a fines del XIX, reducido al área actual y un par de posesiones minúsculas en el norte de África, desperdició oportunidades, precisamente, por el síndrome de aniquilación del adversario.

Expulsión de los judíos (se requería billete en la corte de Isabel y Fernando), de los moriscos, la represión en los Países Bajos por su acogimiento al protestantismo, agresores con camándula en mano, solo son algunos de los hitos del aniquilamiento del adversario, verdaderos disparos en el propio pie al desplazar poblaciones de mayor productividad que las huestes de curas, monjas y nobles ociosos.

Dando un salto grande en el tiempo, el propósito del exterminio del rival no solo ha sido católico, apostólico y romano. Cualquiera que hubiera iniciado la guerra civil del 36, la violencia y la idea de la desaparición del contrario estuvieron presentes tanto en la derecha (carlistas, falangistas) como en la izquierda (anarquistas, principalmente). Ganó el rezandero Franco y fusiló, durante y después de la guerra, a todo lo que le supiera a rojo. Igual hubiera procedido una coalición de izquierda, particularmente por el peso de los anarquistas. Como en *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway, el apetito por las violaciones y asesinatos de monjas y masacres de frailes fue siempre voraz durante la guerra de parte del sectores del bando republicano.

Claro que ha habido gran inteligencia en ocasiones: dada la fórmula de Franco de reiniciar la monarquía con Juan Carlos de Borbón, el libreto del caudillo no salió bien gracias a un héroe, el hombre de la transición, Adolfo Suárez. La tercera república, la más duradera, ha dado prosperidad a España que, de ser exportadora de mano de obra barata en los 60 a Alemania, pertenece, aunque en liga menor, al club del dedo parado de naciones desarrolladas. Un ejemplo de cómo, a pesar del intento de Tejero, se aprovechó la oportunidad para ponerse al día en democracia y productividad.

Colombia da ejemplos a diario de cómo aniquilar, física y moralmente. A propósito de las fosas de Dabeiba, un ilustre conservador paisa explica lo ocurrido: quienes hacen la denuncia son enemigos de Colombia, el mamertismo. Los muertos son terroristas que habían atacado a policías indefensos.

A la inversa, los que consideran que quienes votaron el No y son uribistas equivalen a paramilitares incurren en él. En uno y otro caso, disparos en el propio pie a la convivencia y la paz.

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá , Colombia **Conmutador:** 4232300 **Fax:** 4055602 **Línea de servicio al cliente Bogotá** 4055540 **Línea de servicio gratuita nacional** 018000510903 **Redacción:** 4234822 **Suscripciones:** 4055540 o a la **línea gratuita nacional** 018000510903 **Publicidad: Caracol Unidad de Medios:** 4232300 ext. 1290 - 1565 **www.elespectador.com**

Cartas de los lectores

Antilíderes y líderes

A menudo se cataloga a ciertas personas como líderes, muy a pesar de que encarnan antivalores o sienten animadversión por sectores inmigrantes. De allí que sea necesario distinguir entre antilíderes y líderes. En efecto, los antilíderes piensan en un marcado interés para sí mismos y para un grupo en particular. Privilegian lo material, representado en dinero, intereses perversos o propósitos deleznables, reforzando lo anterior con simple retórica, promesas a incumplir y mentiras. Igualmente, personifican autoridad y hasta cuentan con popularidad, pero no dan ejemplo de un comportamiento ético. También dan muestras de insensibilidad ante los problemas de comunidades vulnerables, incluso hasta llegar a humillarlas, ya sea en público, ya en privado. Además, los antilíderes se aprovechan de las necesidades del común y de la poca formación que tienen, a fin de seguir consolidando poder, y de la falta de escrúpulos para conseguir electores, aliándose en ocasiones con personas del bajo mundo. Asimismo, los antilíderes se caracterizan por su pensamiento autoritario. Y acuden al miedo con el fin de convencer a un vasto sector de que otras opciones políticas sean tenidas como una amenaza para el país. En sentido contrario, los verdaderos líderes son transparentes, provocando admiración y respeto por el conglomerado, sin caer en una actitud ciega por parte de los gobernados. Abrazan la idea de unir y no dividir, tanto en lo que predican como en su ejercicio. Se les reconoce su autoridad en función de su visión sociopolítica y sencillez en sus actitudes. Los líderes no le apuesta al miedo, sino a la gestión y autogestión de las personas, contando con capacidad para estimular y desarrollar la convivencia pacífica entre toda una población y el reconocimiento y la garantía de los derechos de todos sin exclusión. Su pensar descansa en argumentos sólidos y acordes con su visión, proactivos, abiertos al diálogo, al disentimiento y a la reflexión iluminadora y serena. Su condición social y humanista los hace ajenos a una ciega lealtad o sumisión en relación con otro u otros, propugnando por un estilo democrático y afianzando la confianza en el conglomerado. Privilegiando los intereses de la nación en sus riquezas naturales y el cuidado por el medio ambiente, reivindicando la cultura y la tradición de los grupos étnicos y su modo de vida, y promoviendo proyectos de vida en sus comunidades. Identificados con los diseños y la ejecución de políticas públicas, tratando con ello de cerrar brechas entre lo rural y lo urbano, mejorando de paso la calidad de vida de los asociados, así como también proponiendo modelos de prevención social, como una vertiente integral de la seguridad pública. Respetuosos de la separación de poderes y ejemplo de futuras generaciones.

Edgardo Enrique Salebe Morr.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com.